Últimas palabras de Torquemada

Basada en la tetralogía de

Benito Pérez Galdós

La gota de sangre

A partir del relato de

Emilia Pardo Bazán

de

IGNACIO GARCÍA MAY

PUBLICACIONES DE LA ASOCIACIÓN DE
DIRECTORAS Y DIRECTORES DE ESCENA DE ESPAÑA

PUBLICACIONES DE LA ASOCIACIÓN DE
DIRECTORAS Y DIRECTORES DE ESCENA DE ESPAÑA

Dirección editorial: Carlos Rodríguez Alonso y Manuel F. Vieites

© Ignacio García May, 2025
© de la presente edición:
ASOCIACIÓN DE DIRECTORES DE ESCENA DE ESPAÑA

Primera edición: Diciembre, 2025

Reservados todos los derechos. Este libro no puede ser reproducido ni en su totalidad ni en parte ni registrado en o transmitido por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del editor. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 207 del Código Penal, podrán ser castigados con pena de multa y privación de libertad quienes reproduzcan o plagien, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte sin la previa autorización.
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, (www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

Publicaciones de la ADE
Serie: Literatura Dramática Iberoamericana, nº 84

Paseo del Rey, 10, bajo A. 28008 Madrid (España)
http:// www.adeteatro.com
correo electrónico: redaccion@adeteatro.com

Diseño de la colección: Tomás Adrián.
ISBN: 978-84-17189-65-5
Depósito legal: M-18934-2025
Imprime: Safekat S.L.
Impreso en España

Don Benito y Doña Emilia: dos centenarios

por Ignacio García May

1.-*Torquemada*

La serie de relatos en torno al usurero Torquemada está compuesta por una *nouvelle*, *Torquemada en la hoguera*, y tres novelas de extensión regular, *Torquemada en la cruz, Torquemada en el purgatorio* y *Torquemada y San Pedro*. Aunque los especialistas consideran que este material se cuenta entre lo mejor de Benito Pérez Galdós, no es tan conocido por el gran público como lo son otras obras suyas.

La primera se publicó en 1889. Las siguientes aparecieron de forma sucesiva en 1893, 94 y 95. Parece evidente que se ha producido aquí ese fenómeno pirandelliano, más frecuente de lo que parece en la historia de la literatura, según el cual un personaje de importancia que se estimaba como relativa acaba exigiendo para sí (y logrando) un protagonismo muy superior a lo previsto. Dicho de otro modo: no se trataría de una tetralogía diseñada como tal, sino de un relato individual cuyo protagonista resultó tan goloso, literariamente hablando, que acabó protagonizando luego su propia serie, lo cual parece probar el hecho de que *Torquemada en la hoguera* formara parte, de manera independiente, del Ciclo de La Materia, mientras

que las otras tres estén integradas en el posterior Ciclo Espiritualista.

Se cuenta aquí lo que podríamos definir como la Ascensión y Caída de Francisco Torquemada, miserable usurero de barrio que presume, aunque nunca le creamos, de descender del célebre inquisidor, y a quien una serie de imprevistos acontecimientos convierte primero en empresario respetable, luego en senador, y más tarde en marqués, para finalmente verse obligado a cuestionar el sentido de toda su escalada social al encontrarse cara a cara con la enfermedad y la muerte. El ciclo, que empieza tímidamente con el primer relato, adquiere poco a poco proporciones épicas. Es, en nuestra humilde opinión, uno de los trabajos donde más se nota la influencia de Dickens en Galdós. No sólo por el protagonismo inesperado de este tacaño maduro, un maravilloso Mr. Scrooge de San Blas, sino por el tono a caballo entre lo trágico y lo descacharrante, entre lo mundano y lo espiritual, los constantes giros argumentales que mantienen al lector en un hilo, como sucedía con los viejos folletines, y la profusión de fascinantes personajes secundarios. Galdós, empero, escapa al melodramatismo tan caro a Dickens a base de aplicar una ironía feroz: véase la forma en que acaba la segunda novela, con la mordaz alusión a la forzada reunión familiar *("¡El bello ideal!")*, o el propio final de la serie, que deja sin aclarar el sentido de las muy ambiguas últimas palabras del usurero.

El ciclo Torquemada es de lo más entretenido y está escrito con mano maestra. Pero no son esas sus

únicas virtudes: como sucede siempre con Galdós, hay en estas cuatro historias una descripción escrupulosa de la sociedad española, y muy en concreto de las formas a menudo cuestionables con que se construía, y se sigue construyendo, el éxito social y profesional en nuestro país. En el colmo del sarcasmo, Torquemada añora sus tiempos de humilde prestamista, con sus magras ganancias, y los prefiere al éxito gigantesco que se irá acumulando en torno a su figura. Él, que es avaro y mezquino, descubre demasiado tarde que hay un monstruo mayor, más perverso, más codicioso que él mismo: el Leviatán de ese Gran Capitalismo que entonces empezaba a imponerse en nuestro país y que hoy lo impregna todo.

Y es porque Torquemada habla, y habla a fondo, del dios único y cruel de nuestros tiempos, el dinero, por lo que consideramos que merecía la pena elegir estos relatos como materia para rendirle homenaje a Galdós en su centenario, construyendo con ellos un espectáculo teatral. La serie contiene lo mejor del autor, su calidad como escritor pero también su calidad como ciudadano; su deseo de hacer una literatura no sólo divertida y de calidad, sino también útil y responsable.

La apuesta, naturalmente, debía trasladarse a nuestro terreno. Allí donde el canario pone la espectacularidad del relato coral nos tocaba responder con esa modesta herramienta del teatro que es el monólogo: un actor que interpreta a todos los personajes en un espacio único. La idea central de la adaptación surgió de un detalle implícito en Galdós: a menudo el narra-

dor cuenta que escuchó tal o cual información de esta o aquella persona. Nos preguntamos entonces: ¿es creíble esa información? Teniendo en cuenta que Torquemada es un triunfador, alguien que ha salido de la miseria para llegar a lo más alto, y que eso se considera imperdonable en nuestro país, ¿no podría ser que dicha información fuera cuestionable? ¿Que se tratara tan sólo de chismorreos o maledicencias, o, como mínimo, de una turbia mezcolanza de verdades y mentiras? Al fin y al cabo, si bien parece obvio que el protagonista es un usurero codicioso y tacaño, también lo es que se muestra capaz de afectos intensos y sinceros, y hasta su cuñada Cruz le encuentra no pocos méritos. Apareció así la idea de no mostrar nunca a Torquemada en escena (salvo por las toscas imitaciones que algunos personajes hacen de él) y hacer que fueran otros los que hablaran del avaro desde perspectivas diversas y encontradas, un poco a la manera de *Ciudadano Kane*.

Elegimos, pues, un personaje de cada una de las novelas construyendo no un monólogo continuado, sino cuatro diferentes; cuatro testimonios, unas veces complementarios, otras contradictorios, que sólo nos permiten rozar la identidad de Torquemada sin llegar a conocerle nunca del todo. ¿Y acaso no es así como conocemos a la mayoría de la gente? La idea de que estos cuatro personajes (dos mujeres, Tía Roma, la criada, y la fabulosa doña Cruz del Águila; y dos hombres, Rafael, el hermano ciego, y el misionero Gamborena) tuvieran que ser interpretados por un mismo actor era particularmente atractiva. No se trataba de

construir una interpretación mimética, naturalista, de estos cuatro individuos, sino al contrario, de recordar que todas esas voces diferentes que escuchamos a lo largo de las novelas de Torquemada, del primer al último personaje, son sólo emanaciones de la voz única y personalísima de un escritor mayúsculo, Benito Pérez Galdós.

2.-*La gota de sangre*

La gota de sangre, de Emilia Pardo Bazán, es, según los especialistas, el primer relato policial de la moderna literatura española. Desde luego es el primero escrito por una mujer, si bien convendría matizar recordando que se ve precedido por la notable novela corta *El clavo*, de Pedro Antonio de Alarcón, que a su vez dio lugar a una de las obras maestras de nuestro cine clásico. Pero mientras Alarcón elije un modelo de narración policiaca que linda con lo gótico, a la manera de Poe, Balzac o Wilkie Collins (aunque paradójicamente el argumento estaba basado en hechos reales), y en consecuencia ha quedado anclado en estéticas decididamente antañonas, doña Emilia prefiere medirse con el referente de Sherlock Holmes, que a la sazón gozaba ya de fama internacional. Debe entenderse que semejante apuesta fue, en el contexto, de una modernidad absolutamente excepcional. Y sirve además como recordatorio de que la gran cultura española (a la que Emilia Pardo Bazán pertenece por derecho propio) estuvo siempre al tanto de cuanto sucedía en el mundo, pese a esa visión acomplejada, tan difundida

Últimas palabras de Torquemada

de

IGNACIO GARCÍA MAY

Basado en la tetralogía
Torquemada en la hoguera,
Torquemada en la cruz,
Torquemada en el purgatorio y
Torquemada y San Pedro,

de

BENITO PÉREZ GALDÓS

«Nunca es completo el mal,
como no es completo el bien.»
Torquemada en la cruz

Esta obra se estrenó el 18 de diciembre de 2020 en la Sala Negra de los Teatros del Canal, de Madrid, con el siguiente equipo artístico y técnico:

Dirección y escenografía: Juan Carlos Pérez de la Fuente
Versión: Ignacio García May
Intérprete: Pedro Casablanc (el actor, la tía Roma, Valentinito, los Águila –Rafael, Cruz y Fidela–, misionero Gamborena, Francisco Torquemada)
Diseño de iluminación: José Manuel Guerra
Diseño de vestuario: Almudena Rodríguez Huertas
Composición musical: Tuti Fernández
Ayudante de dirección: Micaela Quesada
Ayudante de escenografía y cartel: Alberto Valle (Hawork Studio)
Producción y gerencia en gira: Cristian Bofill
Director técnico: Juan Luis López
Técnico de iluminación: Nizar Allibhoy
Técnico de sonido: Francisco Atiénzar
Técnico de maquinaria: Fernando Gómez
Sastrería: José Miguel Laspalas
Diseño de producción: Pérez de la Fuente Producciones

Realizaciones
Escenografía: Scnik
Vestuario: Sastrería Cornejo
Gasas: Jesús Acevedo (Sfumato)
Impresión digital: Hawork Studio
Agradecimientos: Teatro del Colegio Mayor Elías Ahuja

Una producción de la Comunidad de Madrid

Despacho de una casa noble y vieja en el centro de Madrid. Hay una mesa de madera grande y detrás un butacón de escritorio destartalado. Delante de la mesa, dos sillas gemelas, enfrentadas. Sensación de abandono: cuadros grandes, algunos aún en su sitio, otros descolgados como si alguien fuera a llevárselos. Se ven aún sobre las paredes los ribetes negros. Cortinones pesados y sucios que impiden el regular paso de la luz por la ventana. Sobre la mesa hay dos o tres retratos en marco de plata, comidos por las telarañas; libros de cuentas polvorientos, un cenicero que rebosa colillas.

1
TORQUEMADA EN LA HOGUERA

Sentado en una de las sillas gemelas se encuentra el Actor. La otra está vacía, pero sobre el asiento hay un fajo de billetes de banco atados con una goma. El Actor se ata un pañuelo en la cabeza; luego saca de algún bolsillo medio cigarro y lo enciende con una cerilla. Durante un momento el resplandor de la llama ilumina su rostro en la penumbra. Se dirige a la otra silla como si allí hubiera alguien sentado.

EL ACTOR.- Me pide usted que le hable de Torquemada, el Cerdo, y de las palabras que pronunció en su lecho de muerte... Pero eso tiene un precio. Aprendí de ese monstruo a no regalar ni un suspiro.

(Mira el fajo de billetes, lo coge, lo cuenta. Luego se lo guarda en el escote. Enseguida sabremos que el personaje que habla es una mujer, pero el Actor no debe afeminar ni sus acciones ni su forma de hablar. Serán gestos como el que acaba de hacer lo que coloree su interpretación.)

EL ACTOR.- Suficiente. De acuerdo, entonces. Voy a contar cómo fue al quemadero el inhumano que tantas vidas felices consumió en llamas. Que a unos traspasó los hígados con un hierro candente, a otros puso en cazuela, y a los demás achicharró por partes, a fuego lento, con rebuscada y metódica saña. Voy a contar cómo vino el fiero verdugo a ser víctima; cómo los odios que provocó se le volvieron lástima y las nubes de maldiciones arrojaron sobre él lluvia de piedad. Caso patético y ejemplar, digno de contarse, aviso de condenados y escarmiento de inquisidores.

Aquí en el barrio se le conocía como Torquemada el Peor, porque decían que comparado con éste, su antepasado, aquel que pasaba a los herejes por la parrilla, era un bendito. Para mí siempre ha sido Torquemada el Cerdo, porque su abuelo castraba cochinos, y de eso heredó él la costumbre de andar hozando en la mugre. Torquemada, eso ya lo sabe usted, era un usurero. El habilitado de ese infierno en el que mueren, desnudos y fritos, los deudores: hombres con más necesidades que posibles; empleados con más hijos que sueldo; militares trasladados de residencia, con familia holgada y una suegra a cuestas; viudas lloronas que

cobran el Montepío y se ven en mil apuros. Todo tipo de sujetos que no aciertan a resolver el problema aritmético en el que se funda la existencia social. Y luego, por supuesto, están los perdidos, los faltones, los tramposos, los embusteros, y aquellos a los que les falta un tornillo en la cabeza. La fauna de la miseria es muy amplia. ¡A lo mejor se arreglaba si pudiéramos meterlos a todos en jaulas, como en la casa de fieras, y exhibirlos previo pago!

A base de explotar al prójimo, el Cerdo había hecho su capitalito. Los cambios de gobierno afectaban poco a su negocio: los usureros ganan siempre, porque la pobreza es infinita, y los políticos sólo se preocupan de ella hasta que consiguen su cargo, y luego les viene la amnesia. Podría haber vivido bien, Torquemada, de haber sido menos cicatero. Yo soy más vieja que Jerusalén, y he visto muchas cosas y muy extrañas, pero nunca nada tan indigno como la forma en que este hombre trataba a su mujer, doña Silvia. ¡Pobre criatura! Ella le ayudaba en cuanto podía, y él, como premio, le contaba los garbanzos y registraba la cocina a medianoche para comprobar si aquella bendita, descomida, escuchimizada y ladrando de hambre, había tenido la mala idea de zamparse lo que no le correspondía. No es extraño que doña Silvia se fuera al hoyo tan de repente. Se conformaba mi señora con vivir como una hormiga, pero ni siquiera eso le fue permitido. En cuanto a mi sueldo, ni se lo cuento: clavos torci-

dos y el polvo que yo misma barría por los rincones. *(A estas alturas del texto el Actor se ha levantado. Con un trapo inmundo que llevaba a la cintura se dedica, mientras habla, a remover el polvo de los muebles. Se detiene junto a los retratos con marco de plata. Coge uno con la mano libre y lo mira.)* Pero aquel monstruo tenía su debilidad, su *talón de abriles*, como dicen los que hablan bonito. Le habían nacido dos hijos: Rufinita y Valentín. La niña era buena: un calco de la madre, en joven. Como ella, poco desenvuelta y sin ambición, pero honrada, y limpia, y sin coqueterías. No tuvo más novio que uno, ese mequetrefe de Quevedito, y con ése se casó. Que por lo menos, siendo corto de miras, es médico y nunca le ha escatimado a la muchacha ni los cuartos ni las lentejas. Ahora, el chico, Valentinito, ¡eso era un prodigio! Dios, que es aún más viejo que yo y por eso no le debe funcionar bien la cabeza, hace las cosas raras: a semejante Cerdo le dio de heredero un arcángel, guapo, serio como un notario, con un brillo de inteligencia en los ojos y una firmeza en la voz que, cada vez que hablaba, tal parecía el niño Jesús en la Sinagoga. El Monstruo, que no quería a nadie, veneraba a su hijo, y asombrado de la ciencia que manaba de aquel cerebrito, no hacía más que decir que algún día se convertiría en el más grande ingeniero de España. Y que construiría unos ferrocarriles capaces de ir de aquí a Pekín en cinco minutos. Y globos para volar por encima del océano, y barcos para andar por bajo el agua.

La gota de sangre

Un abracadabrante crimen teatral perpetrado

por

IGNACIO GARCÍA MAY

A partir del relato de

EMILIA PARDO BAZÁN

Esta obra se estrenó el 3 de diciembre de 2021
en la Sala Negra de los Teatros del Canal, de Madrid,
con el siguiente

Reparto:

Gary Piquer (Ignacio Selva)
Roser Pujol (Chulita Ferna / El doctor / El sereno y el juez / La cupletista / Andrés Ariza)

Equipo artístico y técnico:
Dirección y escenografía: Juan Carlos Pérez de la Fuente
Versión: Ignacio García May
Diseño de iluminación: José Manuel Guerra
Diseño de vestuario: Almudena Rodríguez Huertas
Composición musical: Tuti Fernández
Ayudante de dirección: Beatriz Argüello
Diseño gráfico y cartel: Alberto Valle (Hawork Studio)
Fotografías: Pablo Sarompas
Dirección técnica: José Luis Alonso
Gerencia: Elisa Herráez
Técnico de iluminación: Adolfo Ontaba
Técnico de sonido: Javier Almela
Técnico de maquinaria: Luis Aguiar
Sastrería: Rosario Caballero
Producción ejecutiva: Pérez de la Fuente Producciones

Realizaciones
Escenografía: Scnik
Vestuario: Sastrería Cornejo
Peluquería: Moisés Echevarría
Gobos: Astrol

1
UN TRATAMIENTO PERTURBADOR

(Selva, sentado cómodamente frente al público, con las piernas estiradas, fumando un veguero y dibujando volutas de humo en el aire. La habitación está en penumbra. Cerca de él, entre las sombras, hay otra persona sentada, el Doctor. Oímos su voz, pero aún tardaremos en verle.)

SELVA.- Ha cambiado usted de perfume, ¿no? Lo he notado enseguida. Soy muy sensible a los perfumes. Cuando no me dan jaqueca me encalabrinan los nervios y me producen una excitación malsana.

EL DOCTOR.- ¿Y éste de ahora le irrita también?

SELVA.- ¡No, no! Me gusta. *(Aspira profundamente)* Sí, definitivamente, me gusta más que el otro.

EL DOCTOR.- Eso es buena señal. Le veo más animado.

SELVA.- ¡Es que estoy mucho mejor! Por eso he vuelto a su consulta. Me siento curado y necesitaba contárselo.

EL DOCTOR.- Señor Selva, como médico me proporciona usted una satisfacción; pero desde el punto de vista comercial es una catástrofe porque ya no le tendré de paciente y no podré cobrarle las consultas.

SELVA.- *(Ríe)* Cierto. Pero si le sirve de consuelo, me gana usted como amigo. Y además le traeré mu-

chos pacientes porque voy a hacer propaganda de su método.

EL DOCTOR.- ¿Mi método?

SELVA.- ¡Me dijo usted que debía seguir un tratamiento perturbador!

EL DOCTOR.- ¡Era una forma de hablar!

SELVA.- Sí, pero me la tomé literalmente. ¡Y ha dado un resultado fenomenal! En fin, parece como si hubiera pasado mucho tiempo pero sólo han transcurrido unos días. Vine a su consulta porque padecía una neurastenia, ¿recuerda?

EL DOCTOR.- Y yo le dije que no debería usar esa palabra.

SELVA.- *(Se encoge de hombros)* Me encontraba agobiado, hundido. Había perdido el gusto por las cosas. Me parecía que mi vida carecía de sentido. Yo a eso lo llamo neurastenia.

EL DOCTOR.- Usted no era paciente mío. ¿Por qué me eligió?

SELVA.- Me gustó su nombre. *(Breve pausa)* Doctor Luz. *(Con el nombre crece sutilmente la iluminación. Justo lo suficiente para ver por primera vez al Doctor. Como todos los demás papeles, excepto Selva, estará encarnado por una misma actriz. Vemos también parte del despacho. En una pared hay cuadros con colecciones de mariposas y escarabajos, todos ellos pinchados con alfileres)* ¿Qué más puede pedir un paciente que busca

salir de sus propias tinieblas? *(Ríe, absurdamente)* Le expliqué mi estado... Usted me dijo...

EL DOCTOR.- Yo le dije: *(Levantándose y acercándose a Selva, como si de golpe estuviéramos en el día en que empezó la historia)* Usted no necesita cuidarse… sino todo lo contrario.

SELVA.- ¿Descuidarme?

EL DOCTOR.- Casi… Necesita usted lo que me gusta llamar un tratamiento perturbador. Hacer cosas que presten a su vida un violento interés. Lo que padece usted es atonía, indiferencia: le falta estímulo. ¿No podría usted enamorarse?

SELVA.- *(Ríe)* Me parece que no. Las mujeres, para un rato. Y aun ese rato lo suelen envenenar. Y las que no lo envenenan, empalagan. Mal remedio, doctor, mal remedio.

EL DOCTOR.- ¿Debo entender que su experiencia con las mujeres es mala?

SELVA.- ¿Hay alguien que la tenga buena?

EL DOCTOR.- *(Eludiendo el debate)* Entonces, un viaje. ¿No le agradan los viajes?

SELVA.- ¡Jesús, no! ¿Viajes? ¿Seguir las instrucciones de un folleto pedante, dormir en fondas cochambrosas? Me sé Europa de memoria, y como no me busque una aventura en el fondo de la tierra, a lo Julio Verne... Ya no quedan más viajes emocio-

nantes que los viajes en aeroplano. Pero tampoco me atraen los aeroplanos. Me dan miedo.

EL DOCTOR.- Pues no viaje usted ni por la tierra ni por el aire; explore almas.

SELVA.- ¿Almas?

EL DOCTOR.- Mírelo de este modo: no hay vida humana sin misterio. La curiosidad puede ascender a pasión. ¿Me equivoco si digo que es usted una de esas personas que se interesan por la investigación psicológica?

SELVA.- *(Sorprendido por la perspicacia de médico)* Sí, es cierto. Siempre he tenido una cierta fascinación por indagar en las vidas ajenas. Y un... *(Duda)* creo que la palabra es *instinto*... para detectar cuándo algo va mal. Como si dentro de mí prendiera un desasosiego que me avisara.

EL DOCTOR.- Salga usted a la calle y deje fluir ese instinto. *(Pausa. Cambia de nuevo la iluminación, volviendo a la semipenumbra del presente)* Sí, así fue más o menos la conversación. ¿Y qué fue lo que obró el milagro?

SELVA.- Un crimen, doctor.

EL DOCTOR.- ¡¿Ha cometido usted un crimen?!

SELVA.- ¡No, por Dios! Lo he investigado. Pero al hacerlo me he dado cuenta de que lo único que llegaba adentro… lo único capaz de romper la gris uniformidad de la civilización… era el crimen. *(Pausa)* El sabor amargo y salado del crimen es lo

que ha quitado de mi paladar la insipidez del tedio. Porque investigar un asesinato es meditar, como meditan los visionarios... fuera de lo real que se ve, en busca de lo real que se esconde... *(Música suave. La oscuridad se hace más intensa, sólo Selva permanece a la vista. En algún momento el Doctor se va alejando hacia atrás y desvaneciéndose por completo entre las sombras.)* Lo gracioso es que cuando salí de su consulta estaba disgustado. ¿Sabe lo que pensé en ese momento? ¡Vaya con la ciencia! ¡Los médicos son todos unos charlatanes, incluyendo los que tienen nombres luminosos...! Desde aquí regresé directamente a casa y no hice nada de particular hasta las doce y media, hora en que mis criados me sirvieron el almuerzo. A las tres fui al Casino y leí la prensa y charlé de política con algunos socios: lo de siempre. A las seis, harto del Casino, me fui a la tienda del anticuario Roelas, en la calle del Prado. Tampoco allí hubo nada memorable. A las ocho, más por hacer algo que por apetito, cené en la Peña. Y a las diez, como en todo el día no había hecho ejercicio y me sentía profundamente aburrido y de pésimo humor, paseé sin objeto por las calles, desentumeciéndome. *(A estas alturas, Selva está ya en pie)* A las doce menos cuarto entre en el teatro Apolo para ver la última función y luego, desde allí, retirarme a casa a dormir. Yo aún lo ignoraba, pero iba a ser justamente allí, en el teatro, donde todo cambiaría de repente.